

LA POESÍA EN ESPAÑA EN 2012:
PERMANENCIAS, RECUPERACIONES
Y NUEVAS PROPUESTAS

POETRY IN SPAIN IN 2012: STAYS,
RECOVERY AND NEW PROPOSALS

Francisco Javier Díez de Revenga
Universidad de Murcia

RESUMEN: En este artículo se da cuenta de las obras poéticas más reseñables publicadas en el ámbito español durante el año 2012. Se repasan tanto las aportaciones de los autores ya consagrados como las novedades de las últimas promociones y se ponen de relieve las distintas tendencias que marcan la evolución poética en la España actual.

Palabras clave: crítica, poesía, lírica, tendencias.

ABSTRACT: This article focuses on the most noticeable works of published poetry within the Spanish literary milieu of 2012. In addition to examining the contributions of authors already established as innovators of their craft and highlights the distinct tendencies that characterise the poetic evolution taking place in Spain today.

Key words: criticism, poetry, tendencies.

Entre las permanencias que sobresalieron en la poesía española en 2012, quizá la más llamativa de todas corresponda al veterano José Manuel Caballero Bonald (Jerez de la Frontera, 1926), que dio a conocer un libro poético verdaderamente singular, comenzando por su mismo título: *Entreguerras o De la naturaleza de las cosas*. La edición estuvo a cargo de Seix-Barral, y con ella se abre con pórtico áureo el año 2012, sobre todo porque estamos ante un libro excepcional, y dice nuestro poeta que el último de los suyos. El volumen, en efecto, sobrepasa el común de cualquier libro poético si tenemos en cuenta que en realidad está constituido por un solo poema escrito en largos versículos, sin rima ni metro y sin ningún signo de puntuación salvo las interrogaciones y exclamaciones. Está compuesto de un prefacio y catorce capítulos, además de una nota preliminar en prosa, explicativa de las intenciones del poema y de la relación con el poeta latino Lucrecio y con su obra *De rerum natura* (*De la naturaleza de las cosas*), de la que toma una frase para abrir el volumen suficientemente expresiva: «Ahora presta atención a nuestro verdadero razonamiento pues una nueva realidad llegará vehemente a tus oídos y te mostrará un nuevo aspecto de las cosas».

En realidad, el poema es una memoria última de la vida de Caballero Bonald, una autobiografía poética sujeta tan sólo al libre fluir de los recuerdos, en los que entra de todo, hasta la pura ficción, pero donde hay, sobre todo, vida y acontecimientos nunca olvidados. Por eso es posible advertir que algunos capítulos concentran tiempos y espacios de esa biografía: el primero recupera el Madrid de la dictadura, oscuro e histriónico, en el que el poeta desembarcó en los años cincuenta, una ciudad «asediada de vítores y máscaras de adalides»; el tercero, se refiere a la formación literaria, a los orígenes, a los amigos; el quinto vuelve al paisaje colombiano que fue su residencia al principio de los sesenta; el séptimo evoca la maravilla de Doñana, la «Argónida en el listado de mi alma», y el décimo se convierte en un himno al Mediterráneo, incólume entre múltiples sinsabores.

Se preocupa Caballero Bonald de explicar bien la estructura de su libro: capítulos, en efecto, con cierta unidad temática, que expresa el cambio en el entramado de los puntos de vista; las «series de estrofas» dentro de cada capítulo; y, finalmente, los versículos, unidad expresiva verdaderamente original en la que pretende, en cada caso, concentrar una idea, una «unidad de sentido». En conjunto, lo que destaca es el carácter «fluvial» del poema con todas sus ventajas e inconvenientes.

Un capítulo muy importante en la naturaleza de este poema es la presencia de otros escritores y artistas en su interior, por medio de evocaciones, de sugerencias e incluso de «préstamos textuales» procedentes de diversos poetas afines e incluso de sí mismo. Algunos de estos amigos comparecen con su nombre de pila, como ocurre en el capítulo tercero, el dedicado a su formación y orígenes como escritor, en el que sorprendemos a Ángel (González), José Ángel (Valente), Carlos (Barral), José Agustín (Goytisolo), Alfonso (Costafreda) y Jaime (Gil de Biedma). También

hallamos apellidos sobresalientes: Tàpies, Millares, Saura, Oteiza y Viola. Y, por supuesto los nombres de los maestros y escritores afines más admirados: Juan Ramón, Cernuda, Vallejo, Lorca, Cunqueiro, Ory, etc. Como el propio Caballero Bonald señala, por el poema andan «más o menos reconocibles» todos ellos y algunos más: Virgilio, Góngora, Juan de la Cruz, Garcilaso, Rimbaud, Bécquer, Quevedo, Coleridge, Machado, Hopkins o Mallarmé. «Se trata en pureza de tributos no siempre deliberados a poetas que figuran en mi particular catálogo de preferencias».

Pero lo más interesante del libro es recorrer con el poeta todo un mundo de sugerencias vitales y literarias de altísima categoría intelectual, sobre todo porque, sujetas a la memoria, se someten al difícil encuentro con la realidad, a la que superan o sobrepasan sin dificultad: «complejas y mudadizas son las leyes del recuerdo», se dice en uno de los versículos, para afirmar a continuación: «en la memoria coexisten mentiras verdaderas, mentirosas verdades»; y más adelante: «en la memoria burbujean, porfian remembranzas, olvidos». Y lo cierto es que este poema, en consonancia con toda la obra poética anterior, es un ejercicio de memoria real en el que entran en juego las trampas del tiempo, los olvidos, las imprecisiones de todo lo trascurrido, que se ha convertido en vida, en la vida de un poeta que ha querido volver al pasado e investigarlo para encontrar sentido a un presente en el que seguir viviendo.

Permanencia también de singular interés es la de Raquel Rico (Málaga, 1948), profesora de Historia del Derecho de la Universidad de Sevilla y una excelente poeta de sólida trayectoria, aunque sus libros de poesía anteriores no se han prodigado, porque ella misma se considera poeta de alambique, es decir de los que depuran la palabra poética hasta alcanzar una difícil conformidad con el texto definitivo escrito. Apareció, en Renacimiento, en Sevilla, su libro poético *Resplandor* que ha tardado nada menos que diez años en darlo por terminado, porque Raquel Rico lo que pretende, cuando un libro está hecho, es que la transparencia de sus palabras revele la verdad que contienen sin que los virtuosismos del arte poético nublen o empañen esa nitidez de la autenticidad exigida con sencillez en todos y cada uno de sus poemas.

El volumen contiene tan solo treinta y cuatro poemas no muy extensos, agrupados en tres secciones de diferente propósito y andadura. La primera de estas partes, titulada «A dos voces», establece un diálogo con Shakespeare y sus sonetos, de manera que las propias palabras del inmortal dramaturgo se enlazan con las nuevas propuestas poéticas que Raquel Rico nos plantea y se sirven de sus mismas sugerencias para expresar sentimientos personales pero que pueden llegar a ser del propio lector. Es interesante el proceso formal de asimilación de determinadas palabras, de unos nombres que a la autora le inquietan desde el primer momento, porque los nombres son en definitiva palabras que tienen un destinatario

que, acaso, no sea receptor de su sentido. Nombres y palabras, tiempo y destino, un pasado y una entrega, una memoria y su olvido, todo queda retenido en la tinta negra shakespeariana que hará que el amor resplandezca para siempre, pero en realidad lo que queda en esa tinta negra son las palabras del poema, que servirá de testigo inmutable de todo lo que pasó, memoria indeleble que la autora eterniza en el resplandor de la tinta.

Se titula la segunda parte «Dos amores me habitan», palabras que también proceden de un soneto de Shakespeare: «Dos amores me habitan, uno es paz y otro es llanto, / como sombras que acuden a tentarme sin tregua.» Y se inicia esa sección con el poema «Resplandor», que dará título al libro y que será clave en el poemario, porque en él está contenida toda la ansiedad de sus versos: la búsqueda de la verdad a través de la palabra que es capaz de nombrar claridad y resplandor, el resplandor del reconocimiento. Y con este anuncio se adentra ahora en un proceso de fe que tendrá desengaño y que buscará recuperación en una esperanza inmerecida, pero tan involuntaria como impulsiva, expresada en un poema inquietante, titulado «De nuevo»: lágrimas que borran la memoria.

Florencia es la máxima protagonista de la tercera parte, titulada «Lugares». Y, como era de esperar, no se trata de poemas de viaje, poemas de lugares y de parajes: son sentimientos, acordes con el resto del libro, empeñados en aflorar en las palabras y los nombres de los poemas, aunque ahora hay un paisaje concreto, unos lugares entrañados e íntimos, que sirven para acoger triste desolación evidenciada antes en tantos otros espacios de todo el libro. Tensiones que culminan en el poema que cierra esta sección, titulado nada menos que «Quimera», reflejo bien claro y patente de tanto silencio y tanta apatía en ese afán de buscar sin encuentro, de perseguir sin conseguir como no sea espejismos, promesas y sirenas.

En conjunto, *Resplandor* es un libro lleno de sugerencias que invitan al lector a compartir experiencias muy personales, autobiográficas, pero, al mismo tiempo, lo comprometen en la comprensión de un mundo que es de todos. El resplandor de aquel reconocimiento o de aquella tinta indeleble permanece en el tiempo, y el lector lo sabe porque se convence de que lo escrito en estos poemas es impercedero.

Y hay que valorar en Raquel Rico su indagación tan lúcida como eficiente en todo lo relacionado con la palabra y con los nombres. El poeta se sirve de las palabras, y los nombres designan personas, objetos, acciones y sentimientos. Por eso nuestra autora insiste una y otra vez en que la designación que corresponde a nombres y palabras sea la que conduzca a la verdad. Los nombres inquietaron, en efecto, a otros poetas (Juan Ramón, Salinas, Guillén), pero lo que Raquel Rico consigue, con su rigurosa revisión, es que las palabras definitivamente conduzcan a la claridad, al resplandor de la realidad y al encuentro cierto con la verdad.

Merece un cierto detenimiento del lector un libro publicado también en 2012 por Dionisia García (Fuente-Álamo de Albacete, 1929). Se trata de lo que a primera vista podríamos denominar un libro de aforismos, y lleva por título *El caracol dorado*. Lo dio a conocer, en Sevilla, la editorial Renacimiento en su simpática colección de libros de tamaño pequeño «A la Mínima».

Y conviene también reflexionar sobre qué cosa es un aforismo y su sentido como género literario. Y evidentemente hay que meditar también sobre la relación de la especie con la poesía y lo poético. Si tomamos en consideración los que Dionisia García ha reunido en su libro, el concepto de aforismo puede llegar a ser muy amplio. Ella misma, consciente de esa amplitud abarcadora, ha dividido el libro en dos apartados o secciones, tituladas «Confidencias» y «Artificios». En la primera, la intimidad, el pudor y el recato definen los pensamientos; en la segunda se abre hacia una consideración social más amplia: se medita sobre el arte y sobre la poesía, sobre la cultura, sobre las costumbres, sobre el artificio de la vida en definitiva.

Se solía considerar que un aforismo es una sentencia breve que puede llegar a ser doctrinal y que contiene una cierta enseñanza. Posiblemente, los objetivos de *El caracol dorado* no sean exactamente esos porque acaso no tengan una intención pedagógica. Pero el resultado sí lo es: contiene enseñanza. Y para eso han sido escritos. Pero no hay que ponerse tan estupendos. Lo cierto es que en estos pensamientos de Dionisia García, desde el punto de vista de los géneros literarios que aluden a las frases breves, hay de todo. Hay en *El caracol dorado* aforismos, pero también encontramos adagios, casi cercanos a la expresión de la sabiduría popular, especie de sentencia breve con un significado moralizante. He aquí algún ejemplo de adagio en el libro de Dionisia: «Observación: al dar unas monedas no miramos a quien las solicita»; «Sabemos de la inutilidad de las obviedades, y sin embargo no las evitamos»...

Hay entre las sentencias del libro también apotegmas, o lo que es lo mismo: dicho breve y sentencioso proferido o escrito por algún personaje ilustre o famoso. He aquí algún ejemplo: «Escribir bien es muy difícil porque se puede llevar a cabo de diferentes maneras» (Miguel Espinosa). Buena frase, sin duda, con mucha verdad y no poca ironía. Otro apotegma: «Para escribir bien no basta con ser claro: hay que encantar, seducir, poner ilusiones en todos los ojos» (Joseph Jubert).

Hay en *El caracol dorado* también frases que podríamos clasificar como máximas, es decir, frase que exprese brevemente una regla de enseñanza o principio moral generalmente admitido. He aquí algunas diseminadas en *El caracol dorado*: «Los arrogantes acaban encontrándose solos». Otra: «El afán de notoriedad distrae el interior». Otra más: «No denunciar la barbarie es contribuir a ella». Y también podríamos encontrar otras especies menores, ya muy conocidas en la literatura precedente, incluso hasta greguerías, humor más metáfora, tan difíciles, tan imposibles, pero haberlas haylas en *El caracol dorado*. Unos ejemplos:

«Vallar el lugar donde nos guarecemos es también anudar nuestro corazón», «Un congreso de estrellas para “tratar” de los recortes en el alumbrado», «Los tatuajes nos ocultan», «Al abrir la puerta encontré mi sombra, y la aparté para poder pasar».

El caracol dorado se ofrece así como una colección de aforismos que la autora explica con lucidez en una nota previa, en la que justifica, entre otras cosas, el enigmático título del libro, cuando un día al despertar y mirar por la ventana ve un caracol en movimiento: «El rocío y el primer resplandor de la hora confluían en la concha del molusco, dando lugar a irisaciones que se tornaron doradas y atraparon mi curiosidad, atenta al meloso cuerpo, a su lentitud con la carga entre la yerba. En un momento determinado se detuvo, como si detectara mi presencia, y se recogió en la concha, cuyo color dorado resaltaba».

El caracol se desliza con su carga, y el lector del libro sabe, a través de estas máximas, que también camina por la vida con su carga de desdichas y de felicidades, que eso es el mundo y no otra cosa. Se convierte así ese caracol dorado en un claro símbolo del transcurrir de la existencia, que el ser humano transporta con su carga correspondiente, lentamente, pero sin ceder ni un ápice en su caminar, y de eso es de lo que estas frases, proverbios y sentencias hablan en el libro de Dionisia García: de la vida, con sus sobresaltos, con sus ironías, con sus encuentros, con sus espacios de hermosura. . .

Entre las recuperaciones más destacadas de 2012 hay que valorar la dada a la imprenta por la colección Visor de Poesía en Madrid: un volumen del gran poeta Luis Rosales (Granada, 1910-Madrid, 1992) que supone el rescate de los poemas anteriores a su libro *Abril* (1935), es decir, la prehistoria de uno de los poetas más representativos de la generación truncada por la Guerra de España. La edición, titulada *Libro de las baladas y Romances de colorido (con los poemas anteriores a Abril)*, ha estado al cuidado de la profesora de la Universidad de Valencia Xelo Candel Vila, que ha realizado una labor impagable para restablecer con rigor el texto de una serie de composiciones que nos muestran el taller de un poeta siempre interesante y valioso, aun en sus inicios. Se trata desde luego de un descubrimiento trascendente, ya que sorprendemos al joven poeta abriéndose paso entre influencias muy poderosas y luchando por afianzar su propia originalidad. El mundo de Granada está muy presente en esta edición, y no es ocioso recordar que Luis Rosales pertenece a la familia falangista que se vio envuelta involuntariamente en la detención y asesinato de un gran amigo, nada menos que Federico García Lorca.

Ni que decir tiene, como señala Xelo Candel, que los poemas recogidos son muy heterogéneos y van desde textos que representan el formalismo estético de los últimos años veinte y primeros treinta del siglo pasado, con abundancia muy expresiva de asociaciones inéditas, imágenes sorprendentes y símbolos muy efectivos hasta poemas de aire mucho más clasicista en los que descubrimos una Andalucía feraz y llena de luz que se recrea en la vida del campo. En *Romances de colorido*

el color simboliza muchas cosas, entre ellas la eternidad y la vida. Y en el *Libro de las baladas* los sencillos aires de la canción de tipo tradicional nos descubren una Andalucía que por arquetípica no deja de presentar notas originales e inéditas en el joven poeta granadino.

El lector asiste, desde luego, a un taller de aprendizaje, pero se sorprende por la lucidez con que se administra una herencia muy poderosa, las de los poetas inmediatamente anteriores en edad, los poetas de la generación del 27, que presionan al joven creador con todo su poder de atracción estética. Pero Rosales realiza su propia reelección de los rasgos vigentes de la poesía pura, del manejo de las imágenes que acababa de legar el gongorismo, y sobre todo del dominio de un lenguaje poético innovador basado en el símbolo que Alberti, y sobre todo García Lorca, dominaron con tanta maestría como acierto estético.

Es interesante descubrir en el joven Rosales rasgos que anuncian al gran poeta que llegará a ser, pero son rasgos muy de su época. Xelo Candel destaca la presencia de un soneto a su ciudad, Granada, similar al famoso de don Luis de Góngora, dedicado a Córdoba; y asociaciones o comparaciones de este tipo podemos hallar otras muchas en la colección recién publicada. Pero es un libro que revela interés y formación estética de alto contenido, y que nos deja advertir un camino de consolidación de aquel poeta que habría de mostrar una primera madurez en su libro *Abril*, publicado cuando tan solo tenía veinticuatro o veinticinco años; libro que, como advierte la editora, supone la depuración del proceso de aprendizaje que ahora podemos examinar en este volumen con detenimiento.

Y hay que señalar, con todo, que ya en ese libro se siente el mundo complejo que Rosales desarrollará en su obra poética posterior por la que hoy tiene un puesto de honor en la poesía del siglo XX. Porque luego vendrán el neoclasicismo politizado de la primera posguerra, las cavilaciones existenciales de signo unamuniano, la temporalidad machadiana, los broncos sonidos nerudianos. Y luego vendrá también el lector fiel y admirado del mejor Cervantes, signo y símbolo de tantas controversias y contradicciones, que Rosales comprendió como nadie en todo nuestro siglo XX.

Pero ahora, de momento, no hacemos sino degustar el añejo sabor de esta joya literaria, de estos dos libros inéditos hasta ahora, bien acompañados de los poemas juveniles publicados aquí y allá. Un taller literario que, como bien indica Xelo Candel, constituye todo un descubrimiento, tal como decíamos al inicio: «mucho antes incluso de que Rosales fuera el Rosales que todos conocemos, un modesto cuaderno de juventud, escondido entre los papeles del poeta, nos descubre su primera vocación poética y el escenario de su memoria granadina. Una y otra serán revividas en libros posteriores, pero esa palabra ya está escrita en otro decorado y bajo otro magisterio.»

Ginés Aniorte (Murcia, 1960) dio a conocer también en 2012, en Sevilla, en la editorial Renacimiento, en su prestigiosa colección poética Calle del Aire, su último libro, *Las condiciones del pájaro*, en el que ha plasmado un intenso trabajo de reflexión sobre la naturaleza y el mundo, la convivencia y las relaciones, sobre la introspección y la soledad, sobre la propia supervivencia en un universo complejo. Ha partido de unas palabras de San Juan de la Cruz, que ha reproducido literalmente al final del volumen: «Las condiciones del pájaro solitario son cinco. La primera, que se va a lo más alto; la segunda, que no sufre compañía aunque sea de su naturaleza; la tercera, que pone el pico al aire; la cuarta, que no tiene determinado color; la quinta, que canta suavemente.»

Pero la cita de Juan de la Cruz ha sido reformada por el poeta, al principio del libro, en una inteligente y, en principio, enigmática, adaptación: «Las condiciones del pájaro son cinco. La primera, que se viene conmigo; la segunda, que goza de mi presencia; la tercera, que pone el pico en el fuego; la cuarta, que al fin se torna oscuro; la quinta, que su canto es herida.» Extraña recreación del célebre pájaro solitario que tanto ha llamado la atención de muchos escritores y que Ramón Gaya llevó al título de su libro *Velázquez, pájaro solitario*. Juan Goytisolo, Martín Recuerda, María Zambrano... y tantos otros quedaron prendados por esta simbólica criatura.

Pero lo cierto es que el de Ginés Aniorte no es un pájaro tan solitario porque es justamente su compañía la que determina y organiza todo el libro *Las condiciones del pájaro*, estructurado en cinco partes, correspondientes a cada una de las frases transformadas del texto juanista. Y cada una de las cinco secciones del libro, de cinco poemas se compone, que con un prelude inicial en prosa y dos poemas finales, uno en versalitas y otro (epílogo) en cursiva, construyen una unidad poemática muy bien cohesionada y distribuida.

En realidad, Ginés Aniorte establece un perspicaz sistema de signos poéticos para representar esas nuevas condiciones del pájaro visitante y compañero, que convive con el yo lírico y establece con él una constante consolación poética. Es el pájaro que trae la luz a las tinieblas, que acude a compartir las horas y los días, que picotea los escritos del poeta y que se goza en acompañarlo y vivir con él experiencias únicas. Es el pájaro que, por su parte, se deleita conviviendo con el poeta y que comparte con él todo tipo de sensaciones, desde el solaz del descanso a la repentina ruptura de tanta paz y tranquilidad. No falta la experiencia de la noche y el poeta se somete al dominio del compañero inseparable, mensajero o emisario de los espacios celestiales, impulsor laborioso de una existencia que se va enriqueciendo día a día, noche a noche. Esencia y existencia, inmortalidad y permanencia, vida y más vida, relación y compañía son espacios para perdurar mientras el pájaro compañero acude sin falta a revitalizar espacios y tiempos que trascurren, por otro lado, imparables hacia un destino inevitable. Porque los malos presagios se hacen

presentes cuando el final de libro se acerca y se advierte que esa compañía no podrá ser eterna porque la existencia es limitada. Y, al final, un disparo acabará con todo y un gemido quebrado cierra una historia con un acongojante patetismo final en un vértigo azul.

Son palabras las de Ginés Aniorte en este libro muy claras y dotadas de una especial ternura para contener sentimientos y, al mismo tiempo, expresar inquietudes y turbaciones. Con todo, y siendo este un pájaro de compañía, como venimos afirmando, el libro en su conjunto es un libro de soledad, que es la impresión que todo lo domina, soledad física y soledad metafísica entrañada en una existencia bien meditada, dilatadamente manifiesta en instantes, momentos, horas y días que constituyen la vida del escritor, visitado por el pájaro que en el día y en la noche se convertirá en compañía, y que, finalmente, descubriremos inestable y fugaz, como se confirma en la coda final de esta sinfonía poemática sabiamente acordada.

No es la poesía de Ginés Aniorte una poesía fácil, quizá porque está entrañada en una intimidad recóndita, pero a través de su palabra se abre a espacios de luz como cronista obligado, como poeta creador de ese pájaro cuyas condiciones finalmente ha forjado en ese libro poético, tan personal, tan original, tan único.

Álvaro García (Málaga, 1965) obtuvo el premio Loewe 2012 de poesía por su libro *Canción en blanco*, que publicó Visor en Madrid. «Solo puedo decirlo con la canción en blanco» es el primer verso del único poema que constituye este libro, un poema largo y solo, una especie de poema-libro de unos quinientos cincuenta versos en los que el poeta ofrece una reflexiva y dilatada representación del amor, protagonista decisivo de toda la composición, porque es el amor el que desencadena cavilaciones de lo más variado y diverso, en el espacio de un escenario concreto, la habitación de un hotel en el que amado y amada transcurren un tiempo detenido mientras en el exterior la lluvia y la penumbra desdibujan a la ciudad, representación del mundo exterior, ajeno y externo a los amantes, pero objeto de muchas de las consideraciones desgranadas en los versos del poema.

Es también el poema de la pareja, hombre y mujer, que viven y gozan su intimidad, mientras celebran la unión que los hace estar vivos. En el exterior se oye el rumor que expanden en la noche unos músicos mientras que, a través de la ventana por donde llega el sonido, se divisan las lejanas luces de la ciudad. Y pocos elementos reales completan la escena si no es una nota que se desliza por la rendija de la puerta, la lluvia que golpea las hojas de los árboles o el aparato de televisión que les recuerda la realidad del mundo porque los informativos están dando cuenta de una operación militar para invadir un territorio ajeno.

Y lo demás lo constituyen las realidades de los amantes evocadas en el momento de esta unión, su propia historia y su biografía, sus recuerdos, detalles cotidianos vitales que han creado ambas existencias y que se evocan ahora sucesiva

y libremente en un fluir de recuerdos constante e inagotable: nacimiento en un mismo hospital, catorce mil días de edad, porque quererse es habitar la infancia del uno en el otro. «Amar nos une a algo / mientras brilla / la luna inatendida por el mundo, / el orden de los gatos por las tapias», afirma el poema, en el que también descubrimos intimidad sensual y atracción física: «Sustancia tuya y mía arden en una».

Deseo, sensaciones, tiempo, vida, cuerpos, amor y erotismo contenido van enriqueciendo la composición con matices llenos de verdad pero también de encendida sensibilidad, hasta que la muerte planea con insistencia en el último tercio del poema, muerte a lo lejos, pero aceptada como inexorable: «Sé que habrá que marcharse después de ir aprendiendo / el tiempo como arcilla / en la que acariciamos / un presente infinito...» Impecable en el poema es la expresión de la unión de los amantes, no sólo física sino también espiritual, moral, mental... Máxima cohesión de dos seres en el amor, que se enriquece por la palabra, la conversación íntima que forja la unidad esencial de toda la composición: «Hablar así nos sacia, / nos abrazamos con la mente igual que con el cuerpo.»

La longitud del poema sitúa a Álvaro García en una órbita estructural y formal de la poesía poco o nada cultivada entre nosotros en lengua española. El poema extenso es más de tradición anglosajona y el autor lo sabe bien porque ha traducido a poetas ingleses. La figura de T. S. Eliot, pero también la de Paul Valéry, lírico igualmente de andadura extensa, parecen planear sobre este poema-libro intenso y extenso que le permite un dilatado juego de contenidos y significaciones, y sobre todo una confirmación de su fe en las posibilidades del lenguaje poético como medio de expresión e incluso de celebración de la propia palabra, cauce de la única revolución no sangrienta, como se dice en el poema cuando se aproxima su final: «Hemos hablado mucho de la moral y el tiempo / y la revolución individual / la única posible o no sangrienta.»

Noche, tiempo, muerte, eternidad, dolor, duda, olvido, sacrificio, destierro, destino: conceptos que se aglutinan en una semántica última en la que se hace patente el temor al final implacable e irreversible, presagio del destino «de un mundo que en sí empieza, en sí termina.» Para cerrar con un final agónico para este distendido y sereno poema de amor: «Puede que un día estemos / juntos en el olvido uno del otro», y concluir con otro verso, quizá más lapidario y sin duda muy expresivo: «La muerte tendrá dentro memoria de un sol vivo».

Otra permanencia del máximo interés en 2012 es la de Joaquín Marco (Barcelona, 1935), autor de muy larga trayectoria como crítico literario y como poeta, catedrático de Literatura Española en la Universidad de Barcelona durante muchos años, que dio a conocer su último libro de poemas, titulado *Variaciones sobre un mismo paisaje*, publicado en Madrid Visor en su colección de poesía. La obra va precedida de un breve prólogo de Jordi Gracia, en el que acertia a señalar las claves

de una poesía caracterizada por una intensidad emocional muy severa, presidida por reflexiones metafísicas en torno al tiempo y a la vida con «una gravedad moral que no está tanto en el tono como en la disposición misma del poeta ante la poesía, como si de ella reclamase ahora un saber más escrupuloso y afilado sobre la verdad moral». Destaca el crítico que Marco no había escrito hasta ahora poemas tan austeros y desolados como los de la primera sección de este libro en torno a la soledad y la percepción agudizada del tiempo, contruidos con una propensión a la elipsis y al despojamiento con los que logra una transparencia de resonancia metafísica, tan insólita en él, ya que no hay consuelo contra el tiempo y no lo hay tampoco contra la lucidez, quizá porque «la vida transcurre en la ignorancia, / entre paréntesis.»

Se organiza el poemario en seis secciones constituidas por distinto número de poemas, y cada una de ellas va presidida por la voz de poética de los maestros que precedieron a nuestro poeta en reflexiones similares a las que ahora constituyen el argumento de tan comprometidas composiciones. Así, la primera parte, con versos de García Lorca y de Machado que intentan con su voz poética recuperar tiempos idos, mientras que la introspección especular de la propia realidad recalca en las conocidas reflexiones de Machado y su propia imagen en el espejo. Nostalgia, oscuridad, silencio, desengaño, soledad, nada... son conceptos para una poesía indagada y descubierta en su propio taller, palabra y escritura pertinaces en el error de recuperar tiempos imposibles, pasado ya transcurrido e inútil.

Por ello, encabezada con versos de Fray Luis de León, que hablan de males no finibles y de olvido, la segunda sección se detiene en esos recuerdos concretos fijados a situaciones, estancias, paisajes y sonidos que permanecen en la memoria, pero que ahora producen sentimientos de desolación y, de nuevo, de recuperación que parecen imposibles. Tiniebla, noche y muerte, presidirán, con Quevedo, la tercera parte del poemario, en el que figuran algunos poemas centrales, plenos de desolación, como el titulado «Fugaz papel», en el que el poeta con toda claridad se plantea para qué escribe, y lo resuelve con contundente decisión: no hace sus poemas para encantar, ni para lucirlos por los salones, certámenes y recitales, ni para transformar el mundo, ni para ser palabra eterna e indeleble, sino para mendigar una limosna cómplice de un lector amigo.

Y es que la definitiva cohesión y unidad de este poemario está conseguida porque el poeta se ha despojado de retóricas inútiles y ha ido directo al fondo de su realidad vital y psicológica para mostrar un mundo cansado e ignorante, en el que la memoria y los recuerdos autobiográficos concretos van confirmando el nivel final de desolación que se advierte en esta escritura última: «Ya el tiempo acecha / como una errata al borde de una página en blanco», podemos leer en unos versos de José Manuel Caballero Bonald, que amparan la cuarta sección del libro, construida por la memoria laberíntica que persigue recuperación de espacios distantes, pero

heridos por el tiempo, como lo harán las dos últimas secciones prendidas a versos de Lope y de Auden...

Solo la poesía, sobre la que reflexiona en más de un poema Joaquín Marco, puede llegar a constituirse en consolación ante estas evocaciones revividas con tanta intensidad como temor al error inevitable. Porque, como bien concluye Jordi Gracia, en sus palabras prologales, «quizá es que no hay modo de salir de ese laberinto en el que el desengaño expresado en forma lírica se hace súbitamente, en el acto mismo de escribirse, pasión y lealtad a la poesía», en este caso poesía especialmente sincera que corona una impecable trayectoria de autenticidad, que Joaquín Marco ha protagonizado a lo largo de su vida y de su obra poética.

No es extraño que en tiempos de tribulación, en estos años de tormentas, un poeta de una gran formación literaria como Joaquín Marco recurra en su proceso de introspección final a decisivas recuperaciones de pasados no siempre gratos, vivos en la memoria, pero sin duda forjadores de una biografía intensa y comprometida con la propia realidad.

La colección Visor de poesía llegó en 2012 a su número 800 y, para conmemorar y celebrar el acontecimiento, editó el libro *Un balón envenenado. Poesía y fútbol*, una simpática y desenfadada recopilación de algunos de los mejores poemas que el deporte rey ha inspirado. La selección la han realizado el poeta Luis García Montero, forofó del Granada y del Madrid, y el editor Jesús García Sánchez (Chus Visor), seguidor impenitente del Atlético de Madrid. A través de más de doscientas cincuenta páginas recuperan algunos de los poemas más conocidos que poetas españoles e hispanoamericanos, desde los años de la vanguardia hasta nuestros días, han creado para celebrar, sorprenderse, entusiasmarse o enfadarse con el fútbol y sus héroes. Junto a estos textos, algunos inéditos, escritos para la ocasión por los mejores poetas de hoy, completan una colección agradable y singular.

El libro se abre con un expresivo estudio preliminar, titulado con el irónico endecasílabo «un disparo nos manda hacer Violante», en el que los editores cuentan muchas cosas sobre el fútbol y la literatura, sobre las sorprendentes reacciones de muchos poetas ante acontecimientos que hicieron historia sin olvidar la propia experiencia personal de ambos autores como fieles aficionados a sus rivales equipos preferidos. Cada poema va precedido de una nota de diferente extensión informativa sobre el sentido y las intenciones de la composición, nota que en algunos casos ha escrito el propio poeta para la ocasión.

Destacan en este sentido los textos que preceden a los poemas de Jon Juaristi, autobiográfico y mordaz, y de Luis Muñoz, quien asegura que el fútbol le parece un espectáculo detestable, y con toda la razón del mundo. Los lectores que no sean futboleros, entre los que me cuento, tienen su espacio de alivio y consuelo en estas palabras, siempre inteligentes y comedidas del poeta granadino. No está de más

recordar que Borges, como recogen los editores, aun siendo argentino, dejó escrito: «Qué raro que nunca se haya echado en cara a Inglaterra haber llenado el mundo de juegos estúpidos, deportes puramente físicos como el fútbol. El fútbol es uno de los mayores crímenes de Inglaterra».

En todo caso, la antología es magnífica y en ella encontramos voces muy conocidas y poemas que pasaron a la historia como el dedicado por Rafael Alberti al portero húngaro Platko, tras la final de Copa que enfrentó al Barcelona y a la Real Sociedad en 1928. Gabriel Celaya replicaría a Alberti en otro poema, años después, porque no fue el heroísmo de Platko el que llevó al Barcelona a la victoria sino los diez penaltis que robaron a la Real Sociedad en aquella final. Cuando murió Celaya, su equipo donostiarra jugaría el domingo siguiente con brazaletes negros en un encuentro sin precedentes entre poesía y fútbol. Miguel Hernández también dedicaría un poema al portero del Orihuela Lolo y Gerardo Diego, seguidor por la radio en las tardes de los domingos de su Racing de Santander, incluirá, en el libro dedicado a su ciudad natal, un expresivo poema al fútbol como recuerdo infantil. Y, no menos evocador de otra época, Luis Alberto de Cuenca, en «Aquellos viejos tiempos del fútbol en España», revive alineaciones legendarias también junto a la radio en eternos domingos por la tarde.

Advertimos también que poetas actuales como Vicente Gallego, Carlos Marzal, Alejandro Duque Amusco o el propio Luis García Montero fueron jugadores en categorías infantiles y juveniles. No son menos interesantes, aunque poquitos, los poemas dedicados por mujeres al fútbol: Clara Janés evoca el sonido en la radio de las alineaciones como una especie de oración mientras recuerda el inevitable *panem et circenses*, que tantos de nosotros evocamos desesperadamente en estos años de tormentas, cuando vemos en la televisión la locura amortiguadora de problemas mayores de los miles de seguidores de los encuentros de fútbol.

Y encontrará el aficionado los nombres de los héroes, antiguos y modernos, recibiendo himnos y odas: Zamora, Zarra, Di Stéfano, Puskas, Kubala, Pelé, Quincoces, Meazza, Stanley Mathews, Pirri, Zoco, Amancio, Juanito, Maradona, David Beckham protagonizan poemas y son objeto de elogios y también de ironías y censuras. Lo cierto es que esta antología recupera todas las perspectivas en un panorama del en principio impensable encuentro entre poesía y fútbol a través de los bien escogidos poemas y del tono amistoso y la temperatura cálida con que se ha hecho la selección, y sobre todo del simpático estudio preliminar, nutrido de sugerencias y de divertidas anécdotas protagonistas de los numerosos e inesperados encuentros entre la poesía y el fútbol.

Ángel García López (Rota, 1935) obtuvo en 2012 el XXVI Premio Unicaja de poesía por su libro de poemas *Posdata*, que editó la editorial Visor en su imprescindible colección de poesía. Se trata de otra de las permanencias más sobresalientes de 2012, ya que tras una larguísima trayectoria de libros excelentes y después de

la obtención de los premios nacionales más prestigiosos, prodiga García López en este libro último poemas una gran fuerza expresiva como si los años no hubiesen pasado, a pesar de que el título *Posdata* (después de la fecha) parece indicar que el poeta quiere observar el mundo desde la atalaya de la serena senectud, como hicieran tantos poetas españoles del siglo XX. En realidad estos poemas son una adición que complementa su poesía completa de 2009, una especie de posdata, lo escrito después de haber terminado el mensaje, su poesía completa...

Pero no es esta una poesía de decadencia o de desesperanza, aunque haya momentos en el poemario que parezca sentirse un cierto desaliento. Porque se trata de una poesía distinguida por su fuerza vital, por su lozanía, por su «juventud», en la que se unen la reflexión meditativa sobre el mundo y la vida y el análisis de la realidad que pone en relación al poeta con una poesía moral de andadura clásica. Al mismo tiempo, hay una serena contemplación del tiempo y de la existencia desde esa atalaya final. La muerte cobrará un protagonismo esencial definitivo y a su vista se reaccionará con serena aceptación, tratando de comprender su significado mientras el impulso vital de esa reacción todo lo anima.

Sorprende al lector la estructura del poemario, ya que el libro se compone únicamente de un «prólogo» formado por veintisiete poemas sin título y de un «epílogo» constituido por el mismo número de poemas también sin título. Las composiciones se estructuran en unidades de extensión irregular integradas por elegantes y bien contruidos endecasílabos blancos, de manera que se pueden llegar a considerar estos poemas secuencias de una unidad superior, la creada por todo el conjunto.

En los poemas del prólogo García López se muestra incisivo y cáustico como un poeta latino, Horacio o el andaluz Séneca, ya que en sus versos se distinguen, como en el epigrama clásico, la brevedad, el ingenio y el tono satírico y censor, que atinan con agudeza y delatan defectos y pasiones detestables. Algunos tienen que ver con la misma vida literaria, sus envidias, sus engaños, sus plagios: los mediocres, los necios, la vesania, los odios, los agujones, las fábulas y las joyas corrompidas, la falacia, la codicia, los lerdos escritos, los poemas inanes... tantos engaños del mundo y de la vida, de la mala literatura y de la peor poesía. Pero frente a tanta desolación está la paz del hombre justo y bueno, del poeta trabajador que a su trabajo acude, y que deja cuanto ha escrito como dádiva incomprendida para el necio y para el envidioso, y, con ella, la paz de una naturaleza lozana y virginal constantemente agredida por la mezquindad y la incomprensión.

No son muy distintos el tono y la temperatura de las composiciones de la segunda parte del libro, que forman el «epílogo», que ya en su título contiene toda una lección reflexiva. Estamos al final del tiempo y los célebres ojos de la muerte de Cesare Pavese dominan las representaciones de ese final, epílogo en definitiva, aceptado con serenidad, porque permanecen la propia poesía, aquellas nubes y

aquellos espacios de luz que la poblaron, consoladores, toda una vida ahora recuperada... Porque ni los negros presagios ni las certezas afirmadas detienen el vitalismo de una poesía que, sin temor a la helada tenaz, continúa y permanece para celebrar la vida que queda alrededor e impulsa el corazón reseco como el campo, que absorbe el aire de un soplo húmedo que fertilizará una vez más la vega de la vida.

No hay duda de que la mayor aportación de esta *Posdata* de Ángel García López es, una vez más, la brillantez de su lenguaje poético enriquecido en imágenes vitalistas, extraídas de la naturaleza real circundante, nubes, cielos, luces, árboles, flores, frutos... Porque el poeta sabe, en la mejor tradición andaluza, dotar a todos esos elementos vitales de una fuerza poética regeneradora, con imágenes innovadoras, como lo es su idioma poético. Ni el tono riguroso e inexorable de las sátiras y epigramas del prólogo, ni la temperatura severa de las elegías del epílogo detienen lo más mínimo la fuerza vital que caracteriza la poesía de Ángel García López, que en esta *Posdata* representa una nueva dimensión, determinada por el tiempo presente y por la venturosa senectud.

La poesía de Jon Juaristi (Bilbao, 1951) no es una poesía fácil, porque su mundo poético es complejo y difícil de integrar en cualquier tendencia de la lírica contemporánea en España. Conocido articulista de opinión, catedrático de Literatura Española de Universidad, Juaristi, en su trayectoria política y poética, siempre ha sorprendido por su singularidad. Un libro suyo, *Renta antigua*, que incluyó Visor, en Madrid, en su colección «Palabra de Honor», nos muestra en este 2012 una lírica renovada pero fiel a sus principios, sorprendente ya desde el mismo título del libro, perteneciente al campo semántico de los negocios inmobiliarios más o menos modestos.

Porque si una cosa llama la atención, e incluso podríamos decir que atrae más de su poesía, es la semántica cotidianista que la configura y fortalece. Se ha hablado de poesía de la experiencia, de otra sentimentalidad, de voluntario prosaísmo, pero tales etiquetas son superficiales y nada operativas a la hora de entender una poesía que, en la ironía más profunda, muestra su descarnada visión de un mundo contemporáneo censurable y, por supuesto, sometido a la visión satírica del poeta atento y sereno que contempla desde su atalaya un mundo corrupto y en descomposición.

Pero no sólo eso: la poesía de Juaristi, en este libro, como en los anteriores, se nutre de su propia historia, que es la misma historia del poeta, la historia del País Vasco en los últimos años del franquismo, del independentismo irracional hasta un presente de gestor en la política más aceptable del presente en España. Cualquier poema del libro, por muy cotidiano que nos parezca, contiene su propia lección de historia, pasada o reciente, y revive experiencias que transmite a sus lectores convertidas en mensajes de censura, de sarcasmo, de ironía o de sátira. Y así comparten

páginas en este libro un gudari de 1968, Simón y Garfunkel o un encuentro con una amiga en la plaza de España de Madrid, un restaurante chino o esa enigmática oración chamánica dedicada a la memoria de Mario Onaindía.

Un libro poético de Jon Juaristi Linacero no pasa inadvertido en el terreno de las asociaciones acústicas poemáticas que diría un estructuralista, en el campo de las rimas burlonas, del desenfado estilístico de los rípios que riman con los principios, de las asociaciones ingeniosas que estimulan al lector y lo incitan a entrar en un universo poético, como venimos diciendo, absolutamente singular, original, peculiar, inconfundible. Una palabra, una semántica y una fonética, un estilo en definitiva propios con un vocabulario propio, que viene el lector siguiendo desde aquel *Diario de un poeta recién cansado*, de 1986, que abrió caminos en la poesía de los ochenta y marcó hitos que se confirman en este *Renta antigua* de 2012.

El paladeo desenfadado de la gran poesía española lo volvemos a hallar en poemas como «Ligero de equipaje» con Antonio Machado muy al fondo, para hallar un pasajero contemporáneo que transmite a su lector sensaciones de fragilidad personal sometida al trasiego de la vida actual... Y con Antonio, también Manuel Machado, Quevedo, García Lorca, Salinas, Manrique... o la lírica de tipo tradicional y tantas otras resonancias de lector desengañado. Un poema significativo en ese y en otros sentidos es «Canto de frontera». En otros poemas de este libro de sugerencias múltiples muestra sus verdades, especialmente en el tan directo poema «Entre canes entrecanos» o en el no menos complejo «Coral de los talmudistas de Oswicim (soneto)», alarde de confluencias fónicas para expresar perplejidad pero también profunda pasividad ante un mundo adverso y acaso agresivo. Un poema como «Uscita dell inferno» conduce al Dante Alighieri contemporáneo de la mano del gran Virgilio por el infierno de un Madrid perplejo de nuestros días...

Hay en el libro poemas muy extensos y con la conformación del monólogo lírico divagador, entre los que merecen lectura atenta (todo el libro merece esa detenida lectura) el titulado «Dos de mayo», en cuyo bosque de propuestas monorrímas surge la sátira más aguda e incisiva de todo el libro en distendida representación de cobertura épica e histórica. Todo para llegar a un presente censurable con nombre propio.

En definitiva, esta nueva propuesta de Jon Juaristi, integrada plenamente en su poesía de apariencia cotidianista practicada en las entregas poéticas anteriores, alcanza en este momento más verdad, más autenticidad propias, y visión más directa y descarnada de un mundo coetáneo visto desde la perspectiva de un poesía satírica muy siglo XXI, pero al mismo tiempo muy característica del particular universo poético de Jon Juaristi.

La renovación de la literatura que se lleva a cabo en toda Europa, a partir de la primera década del siglo XX, tuvo eco inmediato en España, donde los

movimientos de vanguardia fueron asumidos de forma tan impulsiva como entusiasta ya en los primeros momentos. Desde los escritores de mayor edad, como Rafael Cansinos-Assens o el lorquino Eliodoro Puche hasta los más jóvenes poetas de la época, como Guillermo de Torre o Lucía Sánchez Saornil, fueron muchos los que participaron en las empresas innovadoras que surgen a partir de 1918.

Juan Manuel Bonet (París, 1958), escritor, crítico de arte y uno de los mayores expertos en vanguardias artísticas, publicó, en 2012 en Sevilla, en la colección Vandalía de la Fundación José Manuel Lara, *Las cosas se han roto. Antología de la poesía ultraísta*, que recoge los mejores poemas del ultraísmo, el movimiento que se desarrolló en España entre 1918 y 1925, influido por el cubismo francés, el futurismo de F. T. Marinetti, el expresionismo o el dadaísmo, y cuya primera difusión en Madrid propagó el poeta chileno Vicente Huidobro y prendió con entusiasmo en la tertulia que Cansinos-Assens mantenía en el café de La Colonial, de la Puerta del Sol, competidora de la tertulia de Ramón Gómez de la Serna del café Pombo. Vicente Huidobro fue un pionero de la vanguardia primero en París y luego en Madrid donde publica, en 1918, y en francés, *Tour Eiffel* y *Halalí* y en español *Ecuatorial* y *Poemas árticos*. La participación de otros escritores y artistas suramericanos como los argentinos Jorge Luis Borges, su hermana la pintora Nora Borges (que casaría con Guillermo de Torre) y Francisco Luis Bernárdez, o el chileno Joaquín Edwards marcaron una dimensión internacional nada despreciable al ultraísmo.

Pedro Grañas, Gerardo Diego, Rafael Lasso de la Vega, Humberto Rivas, Juan Gutiérrez Gili, César González Ruano, e incluso Valle Inclán, hasta casi cincuenta poetas nutren esta antología con composiciones absolutamente singulares, muchas de ellas olvidadas y la mayor parte desconocidas. Las revistas del ultraísmo han sido la fuente más completa para el hallazgo de los primeros vanguardistas españoles, con Guillermo de Torre a la cabeza, pero entre los que hay que contar también con poetas como César A. Comet, José de Ciria y Escalante, Eugenio Montes, José Rivas Panedas, Francisco Vighi y otros muchos. Se aseguró que el ultraísmo era un movimiento que dio a la imprenta pocos libros y que en cambio publicó mucha poesía difundida exclusivamente a través de sus revistas: *Los Quijotes*, *Cervantes*, *Grecia*, *Ultra*, *Tableros*, *Vértice*, *Reflector*, *Horizonte*... Bonet demuestra que, sin embargo, numerosos libros de poesía, hoy totalmente olvidados, dieron a conocer los poetas principales.

La intención o el objetivo primero del ultraísmo es superar el simbolismo o, en su versión hispánica, el modernismo que no era otra cosa que un rubenismo exacerbado, como señaló Guillermo de Torre, quien se quejaba amargamente en su *Historia de las literaturas de vanguardia*, cuando la reeditaba en los años cincuenta, del olvido a que se había sometido, más que intencionadamente, la poesía de vanguardia, para hacer florecer con fuerza y brillantez a los poetas de la generación

del 27, que, en cierto modo, eran los herederos del modernismo rechazado por ellos mismos. Se refiere De Torre a los poetas de la que entonces se llamó «joven literatura», y concretaba sus quejas en las *Antologías* de Gerardo Diego y de Federico de Onís, que habían preferido a los jóvenes poetas inmediatamente posteriores a los que se habían dado a conocer en las revistas de vanguardia antes de 1920.

Lo cierto es que la causa de tal olvido hay que hallarla en el impulso ejercido por los poetas del 27 y, desde luego, su fortuna editorial, que se corresponde con la calidad de quienes supieron extraer de la vanguardia toda su novedad, combinarla con la tradición y alcanzar el producto de alquimia rarísima que, sin duda, constituye la clave del éxito, del valor y de la significación de la más importante promoción poética de todo el siglo XX en España.

La experta sabiduría en el arte de las vanguardias de Juan Manuel Bonet y su excelente estudio preliminar, así como los muchos datos innovadores aportados en las entradillas de cada poeta y en el aparato crítico de cada composición, contribuirá a un mejor conocimiento de una época espléndida y entusiasta de la poesía española del siglo XX muchas veces mal entendida cuando no tomada a broma como un entretenimiento lúdico sin trascendencia posterior.

Con el título de *Es mi fiesta y lloraré si quiero*, la colección de libros Acanto, llevó a cabo la recuperación de un libro póstumo de Josefina Soria (Albacete, 1926-Murcia, 2010). Ha sido un acierto de los responsables del grupo de Cieza «La Sierpe y el Laúd» recobrar y salvar esta colección de poemas inéditos de una escritora dotada de gran fuerza expresiva y singular emoción lírica. Su impecable trayectoria como autora de relatos, ensayos y sobre todo libros poéticos de referencia en nuestra literatura más reciente, se confirma en este volumen último, en el que recuperamos algunas de sus más genuinas cualidades literarias.

Porque los poemas de Josefina Soria contenidos en este libro ofrecen en primer lugar un sentimiento de la naturaleza muy estimulante, ya que el ambiente y el paisaje de sus poemas constituyen un contexto auténtico, sobre todo cuando la autora de goza en las luces, los colores, los árboles, las llanuras y el mar, siempre tan vívidos, siempre tan lúcidos. Exaltación de naturaleza y paisaje que también constituye un regalo para los sentidos.

Pero el mundo de Josefina es mucho más complejo y profundo, especialmente cuando se inquieta ante los sueños y su significado último, que mezcla armónicamente con la búsqueda de las palabras, con indagación de las sugerencias vitales que han de expresarse con términos que las revelen, las descubran y las definan. Inquietud de creadora ante la dificultad del poema, para que ese poema sea nítido, digno del origen psicológico que lo inspiró.

Josefina Soria fue siempre una poeta del amor y el amor permanece con intenso impulso en estas composiciones finales, aunque se sienta en ellos la ausencia

que determina no la ruptura de ese amor, que es permanente y fiel, sino la imposibilidad de su realización. Las dulces prendas que descubren al amado, se tornan en aromas que permanecen en el ambiente, en el entorno natural, y que luchan por un imposible renacer, lo que no impide, desde luego, que ese amor sea aún más fiel, más intenso, más duradero.

Dos de las características del estilo poético de Josefina Soria son su limpidez y expresividad indudables y la creación constante de un universo poético forjado en imágenes tomadas directamente del entorno, que se dotan de simbólica trascendencia. Si los miedos nocturnos, las dudas y los sueños inquietan definitivamente a la autora, ellos mismos enriquecen el mundo de imágenes que van destilando vida y existencia, desde el gozo del amanecer hasta la reflexión de la propia naturaleza final, de senectud, reflejada en el rescoldo aún caliente de la hoguera intensa que fue. Un espejo roto, un rosal creciendo en una maceta, unos árboles familiares (higueras, almendros, cerezos), la hierbabuena, el zureo de unas palomas o el aroma del azahar... todo se envuelve de luz y de paz en reflexiones y representaciones poéticas que se suceden sin desaliento, para convertirse en elementos de comprensión de una propia realidad vital.

Y es que es la vida la que inspira este universo, la vida que como el mar tiene olas repetidas, y que como la naturaleza alterna sus propios días y muestra en su transcurrir los diferentes acontecimientos, sucesivos, variantes, dejando sus gozos y sus heridas, pendientes muchas veces de cicatrizar... Soñar, en todo caso, es la gran fuerza de la autora y su propia fiesta, esa fiesta que figura en el título del libro, *Es mi fiesta y lloraré si quiero*, y a los sueños solo les basta una hebra de luna o el temblor de un viento enajenado para vivir esa fiesta única y personal, aunque las lágrimas puedan aparecer.

En todo caso, el libro descubre un mundo poético de una fuerza sobresaliente, que muestra, en estos poemas finales, que la firmeza expresiva de Josefina Soria era enorme mientras pudo ordenar unas ideas y convertirlas en un mensaje poético. No se siente en estos versos ni decadencia, ni declive, ni crepúsculo ni ocaso, como no se ve decaimiento ni tristeza final, sino que cada poema, cada verso, destila ilusión, pujanza, vigor, eficacia, vitalidad, aunque sueños y espejismos se enreden e intenten confundir, aunque hechos vitales inevitables y naturales determinen realidades que son asumidas con la intensidad de una fe siempre firme en la fuerza de la palabra poética. Esa palabra poética que convierte a Josefina Soria en una de las más intensas escritoras que tuvimos la fortuna de conocer y ahora de volver a leer en versos llenos de vida y de luz, en su palabra poética única y permanente.

Fulgencio Martínez (Murcia, 1960) dio a conocer también en 2012 un interesante libro de poesía, titulado *Prueba de sabor*, que Renacimiento editó en Sevilla. Fulgencio Martínez es profesor de filosofía y su palabra poética se halla prendida inevitablemente a una reflexión de la existencia que no es la habitual en la poesía

actual. Fundamentada en un análisis de la realidad por medio del conocimiento y de la reflexión, traspasa con facilidad los límites habituales de la actual lírica, tantas veces superficial y entusiasmada por los virtuosismos formales, para profundizar en una indagación de mundo y vida que logra interesantes y originales resultados a través de sus representaciones poéticas.

El libro fue prologado por Maximiliano Hernández Marcos, poeta y profesor de Filosofía en la Universidad de Salamanca, y las consideraciones que nos ha ofrecido en unas breves páginas iniciales son pertinentes para entender, desde la perspectiva de la filosofía, un mundo poético, sin duda complejo. Le interesa al prologuista un concepto que Fulgencio Martínez acuña al titular la primera parte del libro, la más extensa, «Los paseantes (Poesía cívica en modo de elegía)». Se trata entonces del concepto de poesía cívica, que Maximiliano Hernández justifica al señalar que «su apuesta nace ciertamente del convencimiento personal acerca de la raíz y alcance morales del hacer poético, de esa exigencia –tan machadiana– de una palabra en el tiempo que hoy se presenta ante todos nosotros, viva y saludable, con la humildad concreta, también con la esperanza de ser “la palabra con que vencer el miedo”. Se trata por eso de una apuesta que no opera en el vacío del esnobismo estético o de la afirmación individual, sino que aspira más bien a hacerse eco de una necesidad de la época y, en este sentido, cuenta con una justificación histórica innegable.»

Por eso no puede pasar inadvertido el poema que abre el libro, constituido en forma de «introducción: prueba de sabor y afinación del gusto» y titulado «Poética de emergencia social». Tras este poema, se desarrollarán las dos partes del libro, la antes citada y el «Epílogo jocoso, Meae nugae», al que más adelante nos referiremos. Porque ahora nos interesa reparar en esa poética de emergencia social que anuncia un libro que apura al máximo los límites de la comprensión de un mundo complejo y adverso entre desafíos, decisiones, nubarrones de angustia y marejadas. Pero al poeta le importa ante todo encontrar su segundo lector para comprometerlo en esta nueva visión del mundo de hoy, primera década del veintiuno, en el que el poeta cita a su lector y lo invita a la ceremonia de la censura y comprensión de un mundo convulso, encenagado en la trivialidad, desorientado en su acceso a un humanismo contemporáneo anulado y desaparecido.

El prologuista ha anotado muy bien lo complementarias que son las dos artes del libro, cuando ha señalado que «Fulgencio Martínez ha querido dejar nítida la novedad poética de *Prueba de sabor* en la estructura misma del libro, que consta de dos partes: “Los paseantes” y “Epílogo jocoso”. Con ello nos ha proporcionado una muestra de dos formas o variantes literarias de la poesía cívica: la elegía y la sátira cómica. O mejor: nos da a entender que la poesía cívica puede oscilar entre lo elegíaco (“poesía cívica en modo de elegía” reza el subtítulo de la primera parte) y lo cómico.»

Porque, en efecto, en la segunda parte con el recuerdo de las *meae nugae* (mis naderías) de Catulo y la evocación de las palabras del gran Horacio, (¿qué me impide decir la verdad riendo?), Fulgencio Martínez se interna en el otro género lírico de la poesía clásica por excelencia, la sátira, presidida en esta ocasión por su sano sentido del humor con Agustín de Hipona, Guillén Peraza y Homero, sombras que se deslizan en el espacio jocoso de una censura no exenta de un notable desencanto. Esas naderías de Catulo, ese concepto de la poesía como pasatiempo va mucho más allá y traspasa los límites de lo jocoso para convertirse en una sátira de nuestro tiempo, tan comprometida como contemporánea.

Fulgencio Martínez consigue en *Prueba de sabor* confirmar la originalidad de su mundo poético y logra, en definitiva, renovarlo con nuevas propuestas al mismo tiempo que revitaliza con su verso libre, bien construido y elegantemente acompasado, revitalizar géneros líricos últimamente muy anquilosados por las reiteraciones inmovilistas, como es el caso de la elegía, y un tanto olvidados, a pesar de su fuerza y tradición clásica, como lo es la sátira, aprendida directamente, en sus modos y formas, de los más excelsos poetas latinos.

Tras seis años de silencio poético, Dionisia García publicó en 2012, en Sevilla (Renacimiento), *Señales*, su duodécimo libro de poemas, en el que confirma la inteligencia y calidad de su ya nutrida trayectoria poética. Y, de nuevo, como ha ocurrido con sus libros anteriores, hay que advertir que, aun siendo muy fiel a sí misma, a su inconfundible sello personal, a su peculiar estilo, incorpora interesantes novedades de contenido muy intenso, por lo que podemos decir que su lírica se renueva y se regenera en este *Señales*, de tan enigmático título. Aunque hay que asegurar que, tras lectura entretenida, el tal título se descifra, y queda, como escribiera Salinas, «todo más claro». Las señales son los signos y los avisos que nos informan de que algo puede suceder o acontecer en un futuro inmediato.

Recuperamos en esta nueva entrega poética a la autora comprometida con la vida y con el mundo contemporáneo, con la vida que es posible evocar entre dichas y gozos, y con el mundo de hoy, tan detestable y censurable. Porque, en esta ocasión, Dionisia profundiza en una poesía moral, en una literatura ética, que ya se anuncia en el poema obertura o prólogo que abre la sólida estructura del libro, y que afirma la inutilidad de la tristeza. Es el poema de la celebración de la vida, que supera el dolor, la tristeza y el llanto, en la naturaleza floreciente y hermosa, en el amor y en la convivencia con los demás. Es prólogo, en efecto, este poema de un libro muy sabiamente construido, ya que, tras él, los cuarenta y ocho poemas siguientes se ordenan en dos secciones de veinticuatro: la primera, titulada con admirable y muy significativo oxímoron, «Sinfonías quebradas». La segunda, titulada no menos reveladoramente «Archivo inédito». Un último poema, situado en epílogo, completa las cincuenta composiciones del libro, sabiamente ordenado.

En la primera parte domina la ética de la palabra, y se abre la sección con un poema metapoético, en el que la poesía redime y muestra su condición de duradera, como una especie de legado que perdura. Por lo menos es lo que ella desea, en un contexto en el que no hay contrarios que aflijan. Pero, enseguida, como había hecho en libros anteriores, se suceden las visiones censuradas de la realidad circundante y no sólo se evocan los sinsabores, los enemigos de siempre, que diría Jorge Guillén, sino que se denuncian y censuran injusticias y atropellos. Y vuelven a aparecer motivos de alta claridad, las *lacrimae rerum* del gran Virgilio o el angustiado *ubi sunt*. Y, del mismo modo, se sucede la denuncia del exterminio, como en el poema «Los zapatos», con Auschwitz como escenario; o el poema «Cercos», donde se delata el mundo cercado, el mundo de impedimentos, prohibiciones y fronteras y de alambres de espinos; o, desde una vertiente de renovada poesía social, en estampa rural neorrealista, se denuncia el injusto trabajo de unos aceituneros desamparados en un frío invierno, en «Primer trabajo». Y cuando la injusticia es muy grande, permanece el consuelo de que «de su pasar no quedará memoria / ni tampoco vestigio de estos versos».

En la segunda parte, Dionisia, en la misma línea de recuperación del tiempo y del gozo de la naturaleza, rescata materiales de archivo que han permanecido inéditos, como parece sugerir el título de este segundo sector, nutrido por el paso del tiempo y la memoria. Aunque aquí, los que dominan son los seres que comparecen y que, antes que nosotros, en el mundo estuvieron, aquellos por los que la escritora se pregunta, desde el maestro Horacio, tan ético, tan clásico, tan censor, hasta criaturas que escribieron y que dieron su vida en sacrificio mientras sus versos permanecen indelebles entre nosotros: Osip Maldelstam, que murió cautivo en la fría Rusia de Stalin; o Walter Benjamin, que perdió su vida en un otoño español de posguerra, en Port Bou, cuando huía de los nazis; o el joven Serguei Esenin y la inolvidable Sylvia Plath, cuyos suicidios segaron vidas creadoras que ahora viven en la leyenda. Y, por qué no, García Lorca, evocado en su «trayecto amargo», que mantiene viva la llama de su fuerza poética, mientras en otro poema oímos la inolvidable voz de Édith Piaf...

Un poema, titulado «La misma melodía» nos da la clave de estas *Señales*: el mar sigue batiendo la orilla, siempre el mismo, siempre distinto, sin que podamos entender por qué, triunfando sobre el tiempo, que también tiene en este libro estancias para recordar. En definitiva, una excelente nueva entrega poética, que confirma la calidad y la nobleza de una escritora singular.

Otra recuperación destacable de este 2012 la representa un libro poético de Vicente García Hernández (Molina de Segura, 1935), ya que se trata de un poeta y escritor de larga trayectoria. Sus obras, ensayos, teatro, relatos y poesía, sobre todo poesía, han ido, con los años, creando un patrimonio personal y literario digno de ser evocado con detenimiento. Ahora, en 2012 da a conocer su último

libro de poesía, titulado *Materia elemental*, que ha editado Azarbe en su colección Micromedia. Vicente García Hernández ha vuelto con su palabra riquísima de poeta imaginativo y profundo. Porque tras los versos de Vicente existe un sólido pensamiento humanístico, de una gran fuerza interior, indudablemente espiritual. La mayor virtud de este poeta, sacerdote católico, como se proclama en su página electrónica, es que sabe dotar a su palabra poética de verdad, de autenticidad, de humanidad inmensa de ciudadano comprometido y consciente, a cuyo servicio pone la brillantez de su verso y de su palabra.

Uno de los poemas más intensos del libro se titula «Castillos interiores», y en él se habla de redención, pero también de destrucción y, sobre todo, de esperanza, pero de una esperanza de amor, de palabra desnuda... Porque estos son los castillos interiores que pueblan el ánimo del poeta ensimismado en su interior, pero también atento a lo que ocurre a los demás. Otro poema, antológico sin duda, *Todo es ciprés o sombra*, evoca un parque, un banco, una tos y un anciano bajo la sombra de un ciprés cuando solo se oye el silencio y cesa la vida con su estalactita de odio, amor o sueño. Palabras de amor, palabras que nutren a este libro de una intensa sensibilidad comprometida con el ser humano y su destino, indagado una y otra vez, verso a verso.

La palabra poética de Vicente fluye caudalosamente, enriquecida por un dominio del verso (espléndidos son sus predominantes endecasílabos), de la imagen y de la metáfora en la línea de la mejor literatura espiritual. Eso se advierte enseguida, como se hacía notar en sus libros anteriores: las metáforas, las imágenes, los abundantes adjetivos enriquecedores, el verso dúctil y elegante, todos envuelven con muy hermosa cobertura la verdad de sus inteligentes pensamientos.

Porque la poesía de este libro, con ese título un tanto enigmático, *Materia elemental*, quiere ir a lo más desnudo de la verdad, al origen de todo, y preguntar, dudar, discutir, pensar y reflexionar, sobre esa verdad. Solo la inteligencia noble y digna de un poeta tan íntimo como García Hernández puede revestir estéticamente ideas que obligan o mejor invitan a su lector a cavilar y recapacitar. Fulgencio Martínez, en el prólogo a este libro, explica muy bien cuáles son los objetivos de Vicente, cuando señala que su poesía tiene una trascendencia horizontal, comunicativa e interna, «si bien está la presencia del misterio acechando siempre en el decir del poeta, cuando se pregunta él mismo por lo que hay detrás de las hermosas palabras, tras el amén del ángel del silencio...» Porque tras el discurso de la verdad, el poeta lucha por comprender el misterio o el enigma del mundo y el objetivo primordial es ser veraz, decir sinceramente lo que se cree.

Y es que, en efecto, todos estos poemas, largos y bien contruidos, de *Materia elemental* están abiertos a comprender los sentimientos del hombre y de su vida, de su existencia. Por eso conmueven al lector los poemas elegíacos que cierran el libro, con la imagen dilecta de la madre. Y por eso convencen al lector versos

últimos, en los que los brillantes endecasílabos dejan paso al versículo de la oración, no para pedir mercedes, sino para meditar lo sublime de la existencia del hombre en el mundo y la presencia del amor, que es el motor que genera la verdad y mantiene al ser humano vivo aunque acechado por tantas desolaciones, superadas por el poeta con un optimismo creyente esencial, vital, lúcido, lleno de fuerza o, como ahora se dice, de energía positiva.

Vicente García Hernández no es un autor que se prodigue mucho. Han pasado casi veinte años desde su libro de poemas inmediatamente anterior, y en toda su trayectoria de poeta fecundo, sus libros apenas pasan de la media docena. Todo esto significa autenticidad, escribir cuando lo pide el cuerpo, sin prisas, sin pausas, no por obligación, sino por necesidad de la propia poesía para vivir la verdad de una vida interior rica e intensa. Y solo los poetas sinceros, dotados de una palabra auténtica, consiguen, como hace Vicente García Hernández en esta su *Materia elemental*, convencer a sus lectores de que este nuevo libro era tan necesario como oportuno.

Otra reintegración en 2012 al mundo de la poesía activa en forma de libro lo representa Aurora Saura (Cartagena, 1949), que publicó en la prestigiosa colección barcelonesa El Bardo (de Los Libros de la Frontera) su poemario *Si tocamos la tierra*, tras catorce años de espera que no de silencio, ya que poemas suyos han aparecido en revistas literarias en estos últimos meses. La poesía de Aurora Saura se singulariza por su difícil proximidad a la realidad sugerida en el título del libro: tocar la tierra es estar en la realidad, pero la poesía de Aurora no es una poesía realista ni está inspirada en la vida cotidiana, aunque son los latidos de cada momento los que nutren sus poemas.

Muy bien organizado, desde el punto de vista estructural, el libro se distribuye en una serie de secciones, exactamente seis, compuestas de un número variado de poemas, entre cuatro y diez. El conjunto va precedido de una sobrecogedora obertura, con el título de «Destino», en el que sorprendemos a la mariposa empeñada en abrasarse en la luz hacia la que insiste en acudir, interesante comienzo para un poemario en el que los objetos y las acciones de la vida de cada día se verán transformados por la palabra poética alucinadora, fascinadora, como la mariposa que no puede evitar la atracción que le conducirá a la muerte. Y esa misma obstinación parece cohesionar todo el poemario.

Preguntas, sueños, olvido, consuelo, paradojas, naturaleza, son seis conceptos que figuran en cada uno de los títulos de las seis secciones en que ha organizado el libro. Y las preguntas, en primer lugar, lo serán sobre la eternidad, imposible de entender, pero que también servirán para indagar razones sobre lo incomprensible. Un poema antológico, en este sentido, es «El joven terrorista», con la presencia de la actualidad sociopolítica más palpitante para intentar comprender lo incompre-

sible, como lo es, en sus propias preguntas, el futuro de un adolescente o el mundo personal de una maestra de música.

Los sueños protagonizan la sección siguiente, pero el mundo del sueño rebasa los límites de este sector para aparecer en todo el libro como una constante. De la realidad, tan viva en muchos poemas, al sueño, hay ligero margen, y son los poemas que se proponen afrontar el olvido los que estremecen con su lección de realidad trasfundida. El adiós familiar e íntimo, los amigos recordados, los destinos trazados y las existencias ya cumplidas no hacen sino revelar que la muerte condiciona presencias. La tensión entre recuerdo y olvido se desarrolla con rigor en un poema especial, tomado de la situación más cotidiana pero trascendida en su sentido final, como es «El muchacho de la flauta».

Imágenes del consuelo son unos versos de Stevenson, una cucharilla egipcia, un Vermeer («Mujer leyendo junto a la ventana»), el retrato de un violinista amigo, un paisaje familiar o las palabras, músicas y pinturas de genios predilectos, renacidos en visionarias correspondencias. Consolaciones de la realidad en un mundo atribulado que se hará fuerte la sección de paradojas. Y ninguna más cotidiana para este lector que la paradoja contenida en el poema titulado *Moscas*, que no son las de Antonio Machado sino otras, y quien lo probó lo sabe, más familiares, paradojas en definitiva que comparten páginas con la inquietud ante un encuentro, o ese tan lucidamente expresado «Los hijos son de cristal», que revela la calidad poética y humana de Aurora Saura. Calidad y riqueza temática y expresiva que culminan en los poemas acogidos al epígrafe de naturaleza...

No resulta fácil, a pesar de lo ya señalado, destacar otros muchos perfiles de la prodigalidad literaria e intelectual, pero sobre todo humana y compasiva (en su sentido más etimológico) que tienen estos poemas tan cercanos a la tierra, tan próximos a nuestra existencia, algo que logra que el lector se sienta envuelto por estas reflexiones poemáticas, reveladoras de estatura ética y pasión intelectual, cualidades que Aurora Saura demuestra poseer con generosidad.

Y es que nos hallamos ante una escritora coherente y sólida, que ha sabido unir como nadie a la constante reflexión de su propio yo poético la comunicación con el mundo a través del lenguaje con una decisiva fe en la palabra poética, capaz de expresar gozos, inquietudes, esperanzas y desesperaciones, vida y sólo vida en definitiva, que importa al poeta y que ha de interesar irremediamente al lector, porque en cada composición hay un ser que habita ese poema, y un lenguaje, una palabra poética en definitiva, que es capaz de comprometer al lector con una reflexión, una inquietud, una pregunta, una paradoja, una duda...

Víctor Angulo (Soria, 1978) obtuvo con el poemario *Cierra despacio al salir*, el premio nacional de poesía Miguel Hernández 2012 para autores menores de 35 años, que publicó la colección de poesía de la editorial Devenir, que dirige Juan

Pastor. La primera impresión que recibe el lector es que nos hallamos ante una poesía nueva, distinta, muy actual, elaborada con un estilo contemporáneo en el que el autor combina el verso libre extenso con algunos poemas en prosa, como si quisiese superar los límites de los tradicionales y clásicos géneros literarios, para abordar consecuentemente inquietudes comprometidas con el mundo contemporáneo. Tanto el estilo cohesionado y mantenido, la articulación perfecta como el compromiso con el presente hacen de *Cierra despacio al salir* un volumen sólido aunque emprendedor en sus propuestas formales.

Sobresale este libro, sin duda, por su originalidad, que se confirma en la cohesión de sus poemas y en su mundo expresivo. Podríamos decir que Víctor Angulo ha creado su propio estilo y ha sido fiel a él, estableciendo un riguroso manejo del lenguaje, que en su aparente sencillez y naturalidad va creando un mundo poético que roza en todo momento los límites de lo racional para sobrepasarlos cuando es necesario, sin perder en ningún momento la coherencia interna. Coherencia que esta fomentada por la unidad del libro, por el manejo de un verso extenso, versículo se solía llamar antes a estos versos que sobrepasan la línea tipográfica una y otra vez. La confirmación de esta coherencia estilística está en la presencia esporádica aunque continuada de los ya citados poemas en prosa. Sobresalientes aventuras literarias que culminan en dos poemas de este tipo, titulados *Vínculo* y *Vínculo 2* en los que se simboliza, a través de dos espléndidas imágenes visionarias (un gato y una vaca), acaso la especial contradicción de una existencia limitada y sometida a los enemigos de siempre: la incomprensión, el transcurrir de los días, el asombro ante la naturaleza. Todo se convierte en sugerencia simbólica constante y más aún la presión de la propia afirmación, instrucción o cultura del sujeto lírico que somete una y otra vez su idea del mundo a las sugerencias que este le ofrece por muy sorprendentes que puedan ser.

Aunque el poemario, como señalamos, está muy cohesionado, hacia el final del libro los poemas que lo cierran confirman que el poeta, con su lenguaje natural, lo que ha pretendido es ser esencial, desnudo, elemental, aunque en poesía no siempre eso sea fácil. El volumen queda organizado en cinco secciones de diferente número de poemas, entre siete y dos, cerrados con un poema que funciona como coda o *bonus* y que supone, en efecto, la conclusión de todo el poemario, intentando transformar la luz rojiza del horizonte acaso en matiz de la mañana.

Por eso, un poema muy representativo del libro es el titulado «Otros días, otras tardes», en el que unas incompresibles moscas revolotean torpemente y se empeñan una y otra vez en tropezar contra el cristal, engañadas por su transparencia, mientras el sujeto lírico las contempla sin decidir qué hacer aunque ellas son el vestigio de otro tiempo, memoria de otros días, de otras tardes.

Un espacio interesante en el volumen lo constituye la sección titulada «Cuarto de invitados», en la que los poemas intentan aprehender el mundo contemporáneo,

las maneras de ser y los comportamientos de una generación reciente, el desencanto de la hosquedad incierta de la juventud a la que incita a escuchar música de Anthony and the Johnson, Franz Ferdinand, John Hiatt o The Arcade Fire, y a reflexionar con poetas y novelistas como Imre Kertész, Adam Zagajewski, Richard Ford, Roberto Bolaño, Andrei Makine o Juan Rulfo mientras se debate entre el horror de las palabras gratuitas y la opacidad del silencio. Visión desencantada del mundo en el que cada cual llora a su modo el tiempo que pasa entre la indiferencia hacia la primavera y el verano.

Finalmente, la sección final, «La fruta con agobio», conjunta poemas en los que el destino, la naturaleza impredecible y la propia vida agrícola revelan inquietud pero también conformidad fatal con la suerte aceptada, sea buena o mala. El simbolismo de ciertas faenas del campo revela imaginación pero también fatalismo, conformidad y aceptación... En definitiva, una visión muy contemporánea de la realidad creada por un autor cuyo manejo de la palabra poética supera lo habitual para conseguir un lenguaje propio, de aparente sencillez y naturalidad, aunque con una complejidad que, sin duda, refleja la propia complejidad de un mundo incomprensible, el universo del poeta, nuestro coetáneo mundo.

Pere Gimferrer (Barcelona, 1945) dio a conocer en Seix Barral su último libro poético, *Alma Venus*, en el que a través de un extenso espacio poético de unos 1.500 versos, divididos en dos capítulos y estos distribuidos respectivamente en catorce y veinte secuencias, ofrece una visión múltiple y compleja del mundo, de la vida, del amor y de la poesía. Los términos que titulan el poemario, *Alma Venus*, proceden del libro décimo de *La Eneida* de Virgilio, cuando aparece la imagen benefactora, solícita y cuidadora de la diosa Venus, la diosa del amor, que protege a su dilecto Eneas. Y en el amor a la amada, ya desde el título mismo, se abre en este inmenso libro todo el mundo de Pere Gimferrer, el universo poético de un autor que vive en su verso su propia reflexión intelectual de la existencia, y en sus poemas comparecen cientos de personajes que han forjado su personal realidad literaria, artística.

Desde Polanski a Chomski, desde Alberti, García Lorca o Vicente Aleixandre, desde Juan Ramón Jiménez a Passolini, hermanos una vez más («Restañando a la vez las dos heridas / –ausencia en Coral Gables, muerte en Ostia–/ de mar a mar la vida iguala al mito, / y es el poema el mayor mito: túnica / inconsútil del aire de los sueños»). Pero también con Villamediana, Quevedo y Góngora, con Calderón y Dante, con Visconti en *El Gatopardo* o en *Muerte en Venecia*, desde *Cumbres Borrascosas* a la *Gertrude* de Dreyer o el *Doctor Mabuse* de Fritz Lang, Wallace Stevens, Paul Bolwes, Tiziano, Rubens o Paolo Ucello, San Francisco de Asís, Rodrigo Díaz en Cardeña, Che Guevara o los colaboracionistas de los nazis ejecutados en la Francia libre, tras la segunda Guerra Mundial. La cal de *Muerte en Venecia* nos lleva a Lasa y Zabala y la Urganda del *Amadís de Gaula*, en arriesgada

paranomasia, al caso Palma Arena. Y Ava Gardner, y Orson Welles, y el *Guernica* y Boticelli y los estudios de Cinecité. Y Ausias March y Raimundo Lulio.

Y es que este libro no es sino una reflexión muy honda sobre la naturaleza de la vida, aunque también el amor y la poesía estarán presentes. Pero vida, sobre todo vida. Un verso de Aleixandre, de una magnífica composición de su libro de senectud *Poemas de la consumación* aparece entre los versos de este Gimferrer reflexivo: «hacer es vivir más». Aleixandre lo dice con claridad en sus últimos años, en su poema «Quien hace vive»: «Hacer es vivir más, o haber vivido, / O ir a vivir. Quien muere vive, y dura.»

Pero es que una de las funciones de la poesía es justamente esa, recuperar la vida, revivirla, como ocurre en estos poemas de Gimferrer que contienen mucho de memoria, pero también de proyecto. Lo dice el poeta con claridad en una de las composiciones de la segunda parte, evidentemente metapoética: «Ningún poema es argumental / («ningún hombre es visible», dice la voz luliana), / ningún poema palpa hechos narrados.» Porque, en realidad, el argumento es lo de menos, es irrelevante, aunque pueda el lector ver en cada poema una historia, un fragmento de vida, una censura e incluso una sátira. Cine, pintura, poesía, literatura, cuestiones de actualidad casi periodísticas, asuntos sociales (incluso políticos) que dejaron huella en la historia reciente no son sino fragmentos argumentales que conforman la realidad total y unitaria del libro completo.

Interesa en este punto reflexionar sobre la estructura del poemario y averiguar si cada secuencia, exactamente son treinta y cuatro distribuidas en dos partes, como ya se ha adelantado, tiene personalidad propia como poema o es parte indisoluble del resto del volumen. Como interesa destacar también algunos aspectos formales de la lírica de Gimferrer que no pueden pasar inadvertidos: los endecasílabos, perfectos, fluidos, maleables, dominan las series de los poemas en los que a veces un alejandrino altera un isosilabismo endecásilabico que atrapa al lector. Tan buenos son que alguno de los endecasílabos es del propio Dante Alighieri en su italiano original, y tal incrustación no desentona del ritmo general del libro.

Porque algo que es necesario celebrar ya al final de estas reflexiones es que *Alma Venus* es ritmo, construcción precisa de un edificio muy bien acordado, edificio poético que descubre al Gimferrer más genial y más genuino, al Gimferrer creador de imágenes únicas, revitalizador del lenguaje poético en estos años de tormentas y de pertinaz sequía intelectual. Un saludable estímulo que anima a seguir leyendo poesía.